

Luz en la jornada nocturna: un puente entre el saber empírico y la ciencia

En las aulas de la sección nocturna de la Unidad Educativa Ángel Polibio Córdova Santander, el aprendizaje trasciende lo académico para convertirse en un acto de resistencia y bienestar. Mientras la ciudad descansa, mis estudiantes llegan a clase tras jornadas agotadoras: vienen de vender en calles y mercados, de atender tiendas o de enfrentar el rigor físico de la construcción y la mecánica.

Muchos aparecen en su bicicleta, empapados por la lluvia o el sudor, pero impulsados por la firme convicción de que el conocimiento es la única herramienta real para defenderse en la vida.

Como docente apasionado por la matemática y la física, he comprendido que nadie aprende de alguien en quien no confía o con quien no se siente emocionalmente seguro.

El cansancio del día se siente pesado en el ambiente cuando entro al aula, pero me doy cuenta de que el verdadero bienestar emocional en nuestras clases nace de algo muy simple: reconocer la dignidad de cada persona que cruza la puerta, recibéndola



con una palabra de aliento o con una broma que aligere la tensión y le haga olvidar la fatiga. No es raro recibir a madres de familia que llegan apresuradas, a veces todavía con la ropa del trabajo,

sosteniendo sus cuadernos en una mano y a sus hijos pequeños en la otra.

Hace un tiempo, una de ellas me dijo algo que cambió por completo mi forma de entender la docencia: “Profe, me puse a estudiar de nuevo porque quiero que mi hijo me tome de ejemplo; él andaba diciendo que quería dejar el colegio, pero al verme aquí, esforzándome en las noches, le volvió el ánimo de estudiar”. En ese preciso instante entendí que el aula nocturna deja de ser



En ese preciso instante entendí que el aula nocturna deja de ser un simple espacio para resolver ecuaciones y se transforma en un verdadero taller de resiliencia.

un simple espacio para resolver ecuaciones y se transforma en un verdadero taller de resiliencia.

Educar es, en el fondo, tener muchísimo cuidado con lo que decimos y cómo nos vinculamos. Nuestras palabras tienen el peso suficiente para ser el impulso que necesitan o el muro que los frene.

A pesar de su edad, siguen en constante construcción de conocimiento. Creo firmemente que el bienestar académico surge cuando el estudiante descubre que ya es sabio en la práctica y que la teoría solo le da el nombre técnico a su habilidad.

Mi mayor estrategia pedagógica es transformar el conocimiento empírico de mis estudiantes en aplicaciones científicas cotidianas. La física deja de ser abstracta cuando el maestro albañil comprende el fraguado de una mezcla; o cuando el mecánico entiende la viscosidad del aceite en un motor; o cuando el eléctrico descubre la razón técnica de por qué conectar un sistema en paralelo y no en serie.

En nuestras “mesas de ayuda” y talleres colaborativos, el error no se castiga con un cero, sino que se trata como una oportunidad para formalizar su aprendizaje. Para quienes tienen sus negocios, recurrimos a la negociación: “Tú, que trabajas en cocina, busca la aplicación de la física en eso, y si lo haces bien, te recibo tu tarea, pero demuéstremelo”.

Llegan al punto donde encuentran la secuencia lógica para controlar temperaturas, tiempos y cantidades. Al validar lo que ya saben hacer con las manos, ha-

ceamos que el estudiante baje la guardia emocional y disponemos la mente al desafío intelectual.

El bienestar también es social. En medio de los cálculos, surge la curiosidad por la realidad laboral. Muchos estudiantes, al analizar datos, toman conciencia de años de precarización y de la falta de afiliación en sus empleos. El aula se vuelve entonces un espacio de debate donde conocen de primera mano sus derechos.

Acompañados de sus propias experiencias, entre números y problemas matemáticos, discubren que las sumas, restas, multiplicaciones y divisiones se convierten en un arma para reclamar lo justo. A veces me pregunto: ¿cuántos jefes me odiarán por enseñarles a reclamar?

Simultáneamente, la clase se transforma en una verdadera “caza de talentos”: emprendedores y dueños de pequeños negocios terminan formando sociedades entre compañeros de mesa.

Así, demuestran que la educación comunitaria es el motor del desarrollo y que los números son mucho más fáciles de entender cuando representan problemas reales por los que ellos mismos pasaron en algún momento.

Para ser sincero, sé que hay ciertas fórmulas y propiedades que simplemente deben aprenderse



Creo firmemente que el bienestar académico surge cuando el estudiante descubre que ya es sabio en la práctica y que la teoría solo le da el nombre técnico a su habilidad.

y no siempre es posible llevarlas a la realidad cotidiana, pero se hace lo que se puede.

La jornada nocturna, aunque a veces un poco olvidada, nunca la abandonaríamos. Está enriquecida de experiencias y aprendizajes continuos para un docente; representa verdaderos retos de cómo enseñar y cómo llegar al ser humano.

Quiero recalcar que nuestra jornada es presencial, convirtiéndose en un camino para aprender, emprender, atender, entender y realizar un sinnúmero de actividades que le permiten al alumno desestresarse.

La ventaja de nuestra educación presencial es muy significativa: no es lo mismo que te explique un maestro distante, a que te lo explique un amigo de banca, con un lenguaje cercano y “chabacano”, que genere la confianza necesaria para masticar el conocimiento.

Frente a la frialdad de la virtualidad, nosotros elegimos el calor de la convivencia para formar profesionales con destrezas humanas, capaces de mejorar una sociedad en la que ellos ya son entes activos, económica y financieramente hablando.

Estoy casi seguro de que muchos maestros que dan clases en posgrados me comprenderán, porque la realidad de sus aulas es muy similar.

Sin ahondar mucho más, quiero que en su mente se quede grabada esta frase: “En el aula nocturna no llenamos mentes vacías, le ponemos nombre a la sabiduría de unas manos trabajadoras”.